

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2022

NARRATIVA CASTELLANO 14-16 AÑOS
SEGUNDO ACCÉSIT

Memorias de un autobús

Yasmin Bouguetoch Echaabani

- Pi - pi -pi - Cada día detestaba más el sonido del despertador; lo apagué de mala gana y me senté en la cama durante cinco minutos sin hacer nada. Ya era costumbre. Una hora después, estaba en el trayecto en autobús al colegio.

Volvía a estar lleno; la gente se arrastraba al interior con poco cuidado y, de vez en cuando, me llevaba algún que otro golpe. En el silencio, no podía evitar fijarme en las reglas que, sin estar escritas, todos parecían haber acordado. Buscaba un punto donde no encontrar mi mirada con la de otra persona y, de alguna que otra forma, acabé sumergida en mis pensamientos mirando hacia la ventana.

El sol brillaba resplandeciente. Me recordaba al de aquella tierra que cada día parecía más lejana.

—Tienes un dibujo de mariquitas y, por eso, se te van a subir las arañas.

Miré mi pequeño pijama veraniego, desconfiada, y el miedo me invadió.

—¡Ahhh!

Chillaba y daba saltos sintiendo hormigueos imaginarios. Mi primo mayor y mi hermano se mofaban de mi inocencia. Sonreí ante el recuerdo. Paseábamos con unas chanclas llenas de polvo, cruzando la montaña de ruedas de coches junto a la casa de mi abuela. De vez en cuando, esquivaba las espinas de los cardos corredores que cubrían el camino de tierra.

Pestañeé, las puertas se abrieron en la primera parada. Se subió una señora mayor y rápidamente le cedieron un asiento. Satisfechos, todos volvieron a sumirse en sus asuntos.

Nos paramos a beber de los bidones de agua fresca que la gente dejaba amablemente en las entradas de sus hogares. El ama de casa salió y, al vernos, nos saludó: «¡Menuda ola de calor!». Aquí nos habrían preguntado dónde estaban nuestros padres, pero allí

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA

2022

era normal ver a niños de tan baja edad rondar solos por la calle. Seguimos nuestro camino, habíamos quedado con otros niños del barrio a jugar al fútbol.

—Seré un gran jugador y llegaré a las ligas europeas, cuidaré de mi familia y de mis hermanos. —Escuchaba la conversación de uno de los chicos más mayores que jugaban al fútbol callejero con nosotros. Tenía dieciséis años, presumía de unas zapatillas Adidas falsificadas. Me gustaba escuchar sus esperanzas y sueños, era gente con mucho talento y pocas oportunidades. Suspiré.

Segunda parada: el conductor había metido un buen frenazo y la mayoría habíamos perdido el equilibrio. Todos volvieron a colocarse en su sitio como si nada hubiera pasado.

—¿Nos vamos ya? ¿Nos vamos ya?

Había pasado la tarde por los grandes mercadillos de la plaza con mi madre y con mi abuela. En el trayecto a casa me dormí sobre el hombro de mi abuela, pero un gran frenazo seguido de cláxones me despertó. En una de las rotondas, una moto había chocado.

—¡Aquí ni los policías respetan el tráfico!

—¡En España la gente no conduce así!

—¡Son unos corruptos: aceptan chantajes!

Los adultos siempre se estaban quejando de la política de cada país, aunque todavía no lo comprendía.

En la tercera parada, solamente subió un señor. Era alto y llevaba un abrigo largo. Se sujetó a la barra de mi izquierda.

Corría con mi prima, subimos una cuesta alejándonos un poco de la casa de la abuela, queríamos acariciar a uno de los muchos gatos callejeros que recorrían las calles. Mi prima jugaba con él, mientras yo me distraía con las flores de una terraza. Un señor con una gabardina y un maletín se me acercó. Me giré confrontándolo y me ofreció unas chuches con tono amable y siniestro a la vez. A pesar de tener siete años, mis alarmas interiores parecieron sonar y la voz de mi madre resonó en mi cabeza: «Nunca aceptes

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA

2022

cosas de un extraño». El hombre desprendía un aura extraña; sentía desconfianza, miedo... Corrí y arrastré a mi prima del hombro hacia casa. Ella no preguntó y, en ese momento, lo agradecí. No fue hasta cuando estábamos a salvo, que mi cuerpo empezó a temblar.

—Se-secuestrador —le expliqué a mi prima.

Siempre me quedé con la duda de si realmente ese hombre era una mala persona y qué habría pasado si no hubiera reaccionado.

Cuarta parada: una mujer afroamericana parecía estar teniendo problemas con la tarjeta de la villavesa. El conductor no parecía ayudar mucho y, finalmente, tuvo que pagar en efectivo.

Ojeaba los pasillos, repasando la lista de la compra: arroz, galletas, detergente... Mi madre y yo fingíamos no habernos dado cuenta de que el vigilante nos seguía desde que habíamos entrado. Pagamos y estábamos a punto de salir, cuando este nos paró.
—Vacíe el bolso señora.

Un largo silencio inundó el supermercado. Había dicho eso con un tono alto, a propósito, para que todos lo oyeran. La vergüenza me comenzó a invadir, pero mi madre, a la que siempre admiré por su fiereza, no cedió.

Una acalorada discusión comenzó; era obvio el motivo. No era la primera vez que pasaba, pero sí una de las más notables. Era irónico ver cómo una prenda de ropa podía causar tantas emociones negativas sobre una persona. Finalizó en un disgusto, pero la situación ya no me afectaba. Era la mirada perdida de mi madre. A ella no la aceptarían. ¿Lo harán conmigo habiendo nacido aquí? ¿Cuál era mi lugar? Era como elegir entre mi padre y mi madre, pero ninguno me aceptaba del todo.

Última parada: debía bajar. Me había puesto nostálgica; sacudí la cabeza y salí del autobús.